

# ALFRED MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

ALFREDO LAGUNILLA IÑÁRRITU  
México

## I

CON motivo de la publicación de las *Obras Escogidas* de Alfred Marshall,<sup>1</sup> ha acudido a mi memoria la perezosa impresión que hace ya veinte años me produjo la lectura de los *Principios de Economía* de este autor, leídos por mí en una traducción al español que por aquel entonces figuraba en mi biblioteca. El estilo compacto del maestro Marshall y cierta inquietud contra las ideas tradicionales en economía desviaron bastantes años del primer plano de mi espíritu el interés por Marshall, aunque no por eso dejara de ir leyendo otras de sus producciones capitales y estudios menores. Pero la lectura de estas *Obras Escogidas* y probablemente también una fuerte saturación de ideas posteriores a Marshall (la llamada revolución [?] keynesiana) han vuelto a suscitar en mi espíritu un animado movimiento de aproximación al autor postergado.

Comienzo por decir que no se trata de volver totalmente a Marshall, pues los economistas y sus ideas son, con mucho, fruto de su tiempo, y nosotros no podríamos sumergir la historia de revés para darnos el gusto de ser marshallianos. Ahora bien, esta época crucial nos impone deberes relacionados con un gran examen de conciencia, a caballo como nos encontramos en la mitad de uno de los más terribles siglos que han visto los humanos, y ¿por qué no intentar poner a Marshall cerca de los problemas de este tiempo, a fin de observar lo que de él nos queda realmente?

<sup>1</sup> Alfred Marshall, *Obras Escogidas*. Selección de C. W. Guillebaud. Introducción de J. M. Keynes. Versión española de D. Fernández Shaw. México: Fondo de Cultura Económica. Colección de Obras Maestras de Economía. 1949. Pp. LXXXII + 294.

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

Históricamente hablando, Marshall se halla entre el luminoso período de los grandes fundadores (Adam Smith, Ricardo, Mill, Say) y nuestra época, no siendo un clásico puro como esos fundadores, sino el más moderado de la pléyade de los neoclásicos del período entre finales del siglo XIX y comienzos del actual. El neoclasicismo económico es una gran escuela con muchas ramas y logra filtrar su influencia hasta que Keynes en 1936 —como Víctor Hugo con *Hernani*— da la batalla de la *Teoría General*, momento que yo me atrevo a clasificar como “formalmente postclásico”.

Mas como Keynes abrió la lucha de su postclasicismo utilizando argumentos frente a Marshall, pensemos que también Marshall debe ser invitado en espíritu a dar a Keynes y también a nosotros alguna respuesta, para ver, por carambola, lo que de ambos maestros nos queda en herencia.

### II

Al fin y al cabo en las *Obras Escogidas* de Marshall ahora publicadas luce un interesante prólogo de Keynes dedicado a la vida y obras de su maestro Marshall. Y no hay que olvidar que Keynes tiene para su maestro el respeto confesado que en su corazón a veces el hereje tiene por la religión de su juventud. Algunos han sospechado que Keynes murió en su tercera postura, versátil de por sí, sintiendo algún remordimiento y perceptible retorno a lo que pensaba antes de su postclasicismo formal de 1936. En efecto, hay cierto desencanto en el Keynes de 1945. La segunda gran guerra ha puesto en entredicho el equilibrio “esperado” de los postclásicos, y está dispersando a los seguidores de estas doctrinas en diversas direcciones más o menos revisionistas.

Comienza Keynes por fijar el temperamento de Marshall cuando en el prólogo de referencia nos dice: “La explicación de la economía de Marshall resulta difícil por los largos intervalos que en general separaron el descubrimiento inicial y la comunicación oral a

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

sus discípulos, de la publicación final en un libro al alcance de todo el mundo". La verdad es que se imagina uno con dificultad a Marshall produciendo con improvisación sobre temas en su tiempo muy trillados por otros grandes autores, temas que, por otro lado, no estaban todavía desmentidos por los acontecimientos, como lo han estado después. Se hallaba reciente el éxito de Mill; Marx publicaba su *Capital* en 1868; Jevons, Menger y Cairnes iniciaban la abundante corriente neoclásica al abandonar más o menos parcialmente la teoría objetiva del valor para abrazar las diversas tendencias subjetivistas y marginalistas. Mal podía Marshall, inclinado por temperamento al conservadurismo templado, salir de estampía con muchas novedades recién descubiertas, al estilo del Keynes de 1936. Todo un profesor de Cambridge debía cultivar el jardín de la Academia, aunque si respetaba las glorias de ella no por eso fué su copista: junto con Böhm-Bawerk, Wicksell y otros autores de finales del siglo y comienzos del actual, le debe el neoclasicismo económico uno de los más grandes y gloriosos sitios.

Señala Keynes en el aludido prólogo que hay en Marshall la misma inclinación a la matemática que hay en todo el neoclasicismo. En efecto así es, pero creo yo que la matemática es reposo y ápice de cualquier ciencia positiva en su madurez, sin embargo de lo cual, por lo que a la economía se refiere, puede demostrar cierto barrunto de conformismo y petrificación que no siempre le va enteramente bien a una ciencia social como la economía. Keynes no olvida tampoco que la doctrina marshalliana son los consumidores y no los productores los que gobiernan en última instancia el curso de los hechos económicos, si bien en este punto es tan moderado como en todo el resto de su obra. Hay en todos los neoclásicos —y por supuesto también en Marshall— verdadera atención y aun devoción a los problemas monetarios, por ser el dinero la voz más clara de la demanda efectiva en manos del consumidor. Desde Marshall, todo economista se siente obseso de las querellas mo-

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

netarias, contrariamente a la posición de los clásicos puros, los cuales dieron siempre por supuesto que el lado monetario de la economía se “autoarregla”.

Cita Keynes el dicho de Marshall relativo a que “el error capital de los economistas ingleses de principios de siglo no estaba en que ignorasen la historia y la estadística, sino en que consideraron al hombre como si se hablara de una cantidad constante y no se tomaron la molestia de estudiar sus variaciones”. El largo puente de 82 años que representó la vida fecunda de Marshall transcurrió sobre la cambiante marea de hechos tan capitales como la baja de precios en los ochenta, la crisis de 1907 y la primera guerra mundial. Keynes nos recuerda que Marshall a los 48 años de edad, dando cima a sus *Principios de Economía*, predijo que el tiempo “es el centro de la dificultad principal de casi todos los problemas económicos”. Sin embargo, a Marshall no le tocó dar soluciones para el aterrador flujo de desempleo que el mundo experimentó entre los años 1925 a 1933, suceso que se hizo particularmente agudo en los años que siguieron a su muerte. Hay que hacer esta justicia histórica a Keynes: lo que hubo de conmoverle fué la inutilidad de las soluciones a largo plazo que clásicos y neoclásicos nos habían dejado para este problema, razón por la cual Keynes se vió obligado a buscar otras soluciones “a corto plazo”, que muchas veces no son originales ni muchísimo menos, aunque él las tuvo por tales al enunciarlas en 1936.

En el fondo de las posiciones marshalliana y keynesiana tenemos una diferente eficacia del patrón oro: el sistema monetario clásico que heredaron los neoclásicos pudo ser dinámico y expansivo a pesar de su funcionamiento semi-espontáneo, en tanto que un sistema monetario dinámico, esto es, de funcionamiento dirigido y activo (como el propuesto por los postclásicos) ha llegado a presentar el carácter catastrófico que hoy muestra la llamada “escasez de dólares”. Nosotros podemos juzgar con Marshall las soluciones

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

monetarias del siglo xix como dinámicas y espontáneas, en tanto que las soluciones monetarias del siglo actual son estáticas precisamente dentro de su activismo inflacionista. Marshall y Keynes tienen ambos razón “histórica”, con sólo tener en cuenta que uno y otro hablaron de una cosa —el patrón oro— que todavía era eficiente en el xix y no lo es en el xx.

### III

Dejando atrás el prólogo que Keynes dedica a su maestro, podemos ya hacer pie en la sólida estructura marshalliana, recogiendo, en primer lugar, el estudio escrito en 1876 sobre teoría del valor, su mejor punto de entronque con el clasicismo de sus años de aprendizaje universitario.

“Lo que la producción de una cosa cuesta a sus productores, o a toda la serie de sus productores, es el trabajo empleado en producirla” —había dicho Mill—, y Marshall reproduce esta cita añadiendo por su parte que “aun la influencia del costo de producción depende de la oferta, ya que lo único que obliga a los precios, en general, a sujetarse al costo de producción es que si el precio sube o baja respecto del nivel, vuelve a él obligado por un aumento o disminución de la oferta”. De esta manera debemos entender —aclara Marshall— que la palabra demanda no significa siempre una cantidad fija, sino, en general una cantidad que varía de acuerdo con el valor, porque “lo que constituye el medio de pago de las mercancías son simplemente... las mercancías”. Añadiendo Marshall que “los vaivenes y el regateo del mercado tienden a situar el valor en cambio en aquella posición que iguale exactamente la oferta y la demanda, es decir, lograr que el valor de cambio sea tal que la cantidad que los comerciantes estén dispuestos a vender a dicho valor sea igual a la cantidad que puede encontrar compradores a ese valor”.

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

Los clásicos creían que era la demanda la que se ajustaba, por regla general, a la oferta, siendo ésta la dominante; en las citas anteriores Marshall no contradice a Mill y a otros clásicos, pero la teoría fundamental se hace flexible, cediendo sin romperse. Es decir, la oferta y la demanda se hacen variables independientes, pero sólo mediante la adaptación en ciertos casos de la oferta alrededor del nivel de la demanda, teniendo al costo como centro del proceso.

¿Mostraba Marshall una posición histórica muy concreta al enunciar cierto vasallaje de la oferta hacia la demanda? En 1867 los precios al mayoreo estaban bajando en Inglaterra porque la oferta continuaba siendo mayoritaria en tanto que la demanda marchaba con retraso. De haberse reducido la oferta al nivel de la demanda monetaria los precios no hubieran salido de su equilibrio. Menos concreta aún parece ser la posición de Marshall si su teoría la traemos a tiempos más cercanos, por ejemplo, al período de catastrófica baja de precios durante la gran depresión de 1929 a 1933, depresión que tuvo su comienzo en 1925. No, tampoco en este período de 1929 a 1933 la oferta real cayó tan de prisa como la demanda monetaria. No obstante, comparando los fenómenos cíclicos de los ochenta y parte de los noventa del siglo pasado con el período de la gran depresión (1929-1933) hallamos una explicación al acomodo de la oferta en el siglo pasado según la teoría marshalliana, pero siempre a condición de suplementar la retardada demanda monetaria con otra demanda auxiliar y obtener así la ecuación de equilibrio. ¿Cuál demanda auxiliar? Todavía en 1876 la oferta excedente de mano de obra y la de bienes podían encontrar colocación en la colonización de tierras vírgenes hacia el oeste norteamericano, y en consecuencia podía hablarse de un equilibrio con empleo total o casi total de los factores reales de la economía mundial. Un postclásico como Hansen no ha tenido inconveniente en

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

referirse a este fenómeno de equilibrio en el siglo pasado, el cual nos falta a todas luces en este siglo.

El agudo desempleo ocurrido en la gran depresión pasada dió a los postclásicos un diagnóstico cierto: el culpable del acortamiento de la demanda monetaria era el patrón oro. Encontrando, pues, este patrón demasiado “duro” se pronunciaron por otro patrón más “blando” y dieron forma al patrón cambio oro que ya estaba actuando parcialmente dentro del área esterlina, entre la India y Londres y entre los países latinoamericanos y Londres. Ahora bien, los postclásicos olvidaron que un patrón blando ahorra muy deficientemente, al contrario de un patrón duro, que ahorra con exceso. De ahí que cuando Keynes lanzó la consigna de hacer flúida la emisión de dinero los precios nacionales se encabritaran al alza. Pero ¿qué podemos decir de los cambios? Lo único que podemos decir de los cambios es que éstos no se ceban con la estampilla del banco central, y de ahí que no hayan dejado de caer desde que el patrón oro fué abolido, arrastrando detrás de sí todo el intercambio mundial.

### IV

El siguiente de los trabajos de Marshall que nos ofrecen sus *Obras Escogidas* aparece escrito en 1887, en el momento más bajo de la curva de los precios mundiales para el último período del siglo pasado, y se refiere a los remedios que se pueden poner en práctica para evitar las fluctuaciones de los precios en general.

Marshall sostiene que “el único remedio efectivo consiste en relevar a la moneda de la obligación, que no es apta para cumplir, de actuar como patrón de valor, y en establecer, de acuerdo con un plan familiar a los economistas desde hace mucho tiempo (?), un patrón reconocido de poder adquisitivo independiente de la moneda”. “Se corre el riesgo —sigue diciendo Marshall— de que los bienes objeto de sus actividades puedan perder valor en relación

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

con otros, y que el patrón que ha de devolver cuando recibió el préstamo pueda ser diferente al que sirvió de base cuando éste se concertó”; añadiendo esta verdad suprema: “La falta de un patrón adecuado de poder adquisitivo es la causa principal de que persista la falacia monstruosa de que pueda producirse demasiado de cada cosa.”

Marshall se lanza a presentar un patrón múltiple regulado a base de una unidad estándar que se llamaría simplemente la “unidad”, proyecto no nuevo si esa unidad era de cuenta, como tantas otras en la historia, e improbable de regular si Marshall quería convertirla en una medida de otro alcance. ¿Pensaba Marshall en un patrón múltiple regulado a base de números índices, proyecto recogido por algunos de sus continuadores y aun ensayado en circunstancias parciales, pero que no ha dado resultado porque los números índices carecen de “profecía” completa sobre el porvenir? Los grandes bancos centrales se han ocupado de extraer alguna profecía de los números índices y nos hallamos en la más grande confusión de todos los siglos. Quiere decirse que a mi juicio Marshall nos ha dejado un diagnóstico correcto, el de que es preciso buscar un patrón auxiliar no monetario que complemente al monetario, pero ni Marshall ni Keynes nos han recetado la medicina *ad hoc*.

Me inclino a creer que ese patrón auxiliar lo tenemos ahí en la historia, sin salirnos del principio clásico de que las mercancías son las que compran mercancías. Si tenemos a la demanda monetaria enferma y la enfermedad proviene de una estructura deficientemente elástica, o de algo peor, una demanda unilateral del lado de los centros oro, ¿por qué no hacer lo más plurilateral posible el exceso de oferta de bienes y servicios? ¿Por qué no montar un *clearing* internacional que haga a los propios bienes convertirse en demanda adicional? ¿Es que un *clearing* internacional, manejado por todos los Estados miembros del Fondo Monetario, no podría convertir la oferta excedente de bienes en demanda auxiliar de otros



## EL TRIMESTRE ECONOMICO

bienes? Un bien cualquiera, con tal de ser de consumo o inversión, es alternativamente oferta de sí mismo y demanda de otro bien, con tal de que la operación pueda presentarse en forma plurilateral o simplemente en forma compensada, aunque de la segunda manera tendrá menos salida que de la primera.

### V

Marshall tenía ya 58 años cuando el siglo pasado daba la alternativa al siglo xx. En dos memoranda, redactado el primero en 1903 y el segundo en 1908 (ambos los tenemos en las *Obras escogidas* que sirven de base a este comentario), nuestro autor insiste en presentarnos problemas internacionales, pero esta vez en defensa del librecambio. Y es que allá por 1903 y 1908 se investigaba en Inglaterra la conveniencia de abandonar el librecambio en vista de que ningún otro pueblo lo practicaba. Entre los argumentos que, al parecer, abrían brecha en el librecambio, tenía peso el de que los derechos de importación no siempre los pagaban los consumidores nacionales, pues, en algunas circunstancias, tales derechos se trasladaban parcial o totalmente hacia los consumidores extranjeros. Esta verdad Marshall no la refuta; al contrario, se apresura a indicar que la propia Inglaterra del tiempo de la Revolución Industrial poseyó ese privilegio, cuando el monopolio manufacturero de que entonces gozaba le permitía obtener un margen de beneficio en la venta de artículos elaborados que compensaba con mucho el costo interno de ciertos impuestos, entre ellos los de importación. Pero en 1908 Marshall decía que ese monopolio había terminado para Inglaterra porque existía en el mundo una competencia entre países industrializados que anulaba ese margen diferencial. En consecuencia, era el consumidor inglés el que cargaría con el valor de las tarifas proteccionistas, pero reduciendo su ingreso real. De lo cual se deducía que en Inglaterra no era negocio el proteccionismo. Marshall apuntaba que Alemania tenía ese privilegio especial de

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

traspasar sus impuestos en la dirección de oriente (Balcanes y la propia Rusia), aunque no creo que haya mencionado que las colonias y la América Latina eran también un campo propicio en relación a Gran Bretaña. No obstante, hay que hacer honor a Marshall cuando justifica que los países que se encuentran en el período de la industrialización incipiente poseen algún derecho a la defensa del proteccionismo, si bien señala que el proteccionismo es un vicio que no logra desarraigarse una vez adquirido.

Me permito insistir en la actualidad de este problema de los aranceles proteccionistas no porque podamos convertirnos al librecambio, sino porque el maestro pone el paño al púlpito y parece intervenir a nuestro lado sobre una de las más grandes calamidades que nos agobian. Porque durante la segunda gran guerra, los elevados impuestos de importación —y probablemente muchos otros impuestos interiores— que nominalmente ha pagado el contribuyente de los países proveedores de productos de paz y guerra ¿no habrán sido prorrateados sobre los consumidores del resto del mundo, mientras las manifestaciones oligopólicas del comercio internacional conseguían mantenerse en pie? Porque con argumentos de Marshall podría afirmarse que los cuantiosos gastos del Plan Marshall (el plan del general de este nombre) deben ser más una restitución que un regalo gracioso. Dos grandes guerras mundiales han agotado el potencial industrial logrado por la gran tregua del siglo pasado, y quedando ahora muy pocos proveedores para surtir el comercio internacional de bienes de consumo e inversión, no hay duda de que ha podido darse el supuesto que preocupaba a Marshall en 1908.

El reverso del comentario anterior podría ser explicado de esta manera: el proteccionismo nunca es negocio a largo plazo, así que la competencia industrial retorna un día u otro a destruir los beneficios que transitoriamente se alcanzan con el proteccionismo. Imaginémonos que la competencia industrial retorna; ¿es que las naciones que hoy prorratean sus impuestos internos con los consu-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

midores del mundo entero encontrarán conveniente sostener sus sistemas proteccionistas?

Marshall actuaba de zahorí en 1908 cuando escribía que tiempo llegará en que “aquéllos que puedan ofrecer un margen exportable de productos naturales tendrán una posición privilegiada en el comercio internacional, monopolio que se acrecentará con el agotamiento de los recursos naturales europeos”. Y añade Marshall con amargura: “Es esta consideración, más que cualquier otro peligro inmediato, lo que me hace mirar con grave preocupación el futuro de Inglaterra” porque en ese caso “el trabajo de un inglés... no representará... más [de lo] que representa el de un hombre de la misma categoría física de las razas atrasadas”.

## VI

Marshall, en el capítulo 11 del Libro I de *Industry and Trade*, que también encontramos en sus *Obras Escogidas*, nos recuerda que 1) “el simple volumen de comercio no prueba nada” y 2) “el comercio exterior de un país tiende a aumentar en virtud de todo progreso rápido en las industrias que rebasan ya a las similares de otros países, pues tales progresos aumentan su capacidad de exportar con buen provecho, pero su comercio exterior tiende a disminuir, o, en todo caso, su desarrollo tiende a detenerse, por el progreso logrado en las industrias en que su posición es relativamente débil, ya que tal progreso disminuirá su necesidad de importar”. Es decir, volvemos al punto tan debatido por la escuela liberal de que la importación, y no sólo la exportación, es una fuente de provecho para una nación. El actual neomercantilismo de los post-clásicos nos había hecho olvidar esta verdad; pues sabido es que en los últimos tiempos ha prevalecido el criterio de considerar a la exportación como único negocio deseable, y ello aunque la balanza se halle nivelada. Lo cual es cierto sólo a corto plazo, naturalmente, pues el provecho de atesorar oro o divisas y expulsar los demás

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

bienes y servicios amenaza la estabilidad mundial. Marshall nos recuerda también con su buen sentido liberal que “cuando uno cambia voluntariamente una cosa por otra, confía en que ésta última le va a prestar un servicio mayor que la primera, bien para su propio uso, bien para comerciar con ella. El provecho que obtiene del cambio es el valor superior para él de lo que recibe respecto de lo que da.” O lo que es lo mismo —hablando en el lenguaje de nuestro autor— que hay un provecho también en importar, y no sólo en vender al exterior. Si lo que se compra es oro y monedas duras a cambio de bienes corrientes de consumo e inversión exportados, el negocio existe, sobre todo en momentos de inestabilidad monetaria, pero a condición de que el juego no perdure por largo plazo, pues el atesoramiento permanente de oro y monedas duras convierte a la demanda internacional en unilateral, vía sobre la cual un tren corre siempre en el mismo sentido. En este movimiento en un solo sentido lo que se recibe no es superior a lo que se da —expresándonos en términos marshallianos—, por lo menos cuando con ello se ahonda más y más el desequilibrio internacional. Al fin y al cabo el oro y las monedas duras son limitadas y más allá de esta fatal limitación lo que se compra son papeles y lo que se venden son bienes y servicios productivos. Marshall recuerda que el Japón abrió sus puertas al comercio internacional para ganar sobre la base de importar buena técnica y buenos equipos; si el Japón hubiera seguido con las puertas cerradas no hubiera hecho un negocio provechoso a largo plazo. Y es que, en verdad, no hay provecho de tipo monetario en el comercio internacional “como un todo”; el único provecho que se obtiene en el intercambio entre naciones se deriva de la compra de un número mayor de bienes de consumo e inversión contra un número menor. El mundo está, por tanto, dentro de un callejón sin salida mientras por un lado se desarrollen superávits monetarios fantásticos y por otro déficit igualmente fantásticos.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

### VII

Aunque no siempre de primera mano, pues Marshall no es un investigador especializado en la historia, por lo menos nos revela en sus libros un conocimiento muy completo de la evolución económica en Inglaterra y en el resto del mundo occidental.

El conocimiento de la historia nos permite saber cuándo estamos intentando descubrir el Mediterráneo; en otras palabras, nos advierte cuándo tomamos por novedad lo que ya está ensayado y aun superado. Se trata de una medicina contra improvisaciones, dado que no poseamos un espíritu abrumado por prejuicios. Digo esto a tenor del continuo equilibrio que demuestra el neoclasicismo, y especialmente Marshall, en lo relativo a saber que ciertas medidas de política económica son buenos expedientes transitorios o de urgencia y fuerza mayor, pero sin pretender tomarlos como medidas de largo alcance. Por ejemplo, Marshall hubiera dicho que el dirigismo de la pasada postguerra, su emoción por el déficit presupuestal a todo trapo, su afán inconfesado por echarse en brazos de la inflación, su culto al consumo y desdén por los sacrificios del ahorro previo, eran formas de una política económica si queréis obligada por imperiosas circunstancias, pero que marcan un retroceso. ¿No es la decadencia de Roma la que nos habla de precios "justos" reglamentados *a priori*, de controles cuantitativos, déficit públicos, desvaríos por el despilfarro y negligencia por el ahorro; la que nos habla de corporatismos y abcripciones personales al oficio y a la tierra?

Quizá la historia futura deba ser socialista para algunos neoclásicos —aunque no para Marshall—, pero esta escuela ¿hubiera considerado digno de un sabedor de historia construir una teoría con aspiraciones de novedad para el dirigismo de nuestros días? Cualquier mediano sabedor de historia recuerda que ya el Código de Teodosio contenía ingredientes del corporatismo deificado en nues-

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

tro tiempo. Pero ésta es la tragedia de una época que ha impuesto como nuevo lo que otras épocas más plenas habían superado. En realidad, Marshall nunca hubiera proclamado como ideal permanente la *eutanasia* del rentista ni el afán utópico de reducir la tasa del dinero a cero, pues ambas soluciones equivalían a socializar automáticamente la actual estructura capitalista y, sin embargo, este ideal figura entre las sentencias keynesianas. Es posible que nada pinte mejor la desesperanza de nuestro tiempo que ese querer socializar la inversión y el dinero con que se realiza la inversión y repugnar en alta voz del socialismo. Marshall conocía a fe bastante historia para no caer en semejante contradicción; es más, hubiera afirmado que sin querer se creaban las condiciones para una *anfictionía* de naciones ligadas entre sí por un plan económico donde los créditos en dinero se hallen excluidos.

### VIII

Por último, las *Obras Escogidas* recogen el texto de una conferencia de Marshall pronunciada en 1879 en la cual incluye a la geografía como poderoso ingrediente de la economía.

En esa conferencia llama la atención Marshall sobre la importancia que tuvo el mar para el desarrollo de Grecia, de los Países Bajos y de la propia Inglaterra. Al fin y al cabo Marshall era un epígono de cinco siglos de civilización marítima, desde la época de los grandes descubrimientos geográficos realizados por España y Portugal hasta la más reciente internacionalización de los mares en beneficio de Inglaterra. Sin embargo, en la conferencia de Marshall sólo hay atisbos de un viraje geopolítico en el cual una potencia continental —la U. R. S. S.— y otra continental y semimarítima —los Estados Unidos de Norteamérica— habrían de cambiar el poderío marítimo en poderío territorial, simplemente porque ya no es el océano el único medio de transporte barato y ha dejado de ser la escuadra de acorazados el instrumento más eficaz de dominio mili-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

tar. Precisamente el gran geógrafo Mackinder, paisano y contemporáneo de Marshall, proclamó a principios de siglo que una gran revolución se estaba operando para desplazar los ejes del poder económico y político desde los océanos hacia tierra dentro.

### IX

Por haber sido Marshall uno de los maestros más destacados de su tiempo tenemos una cuantiosa bibliografía sobre su vida y obras, de la cual puede destacarse alguna falta de unanimidad en la clasificación de escuela que a este autor le corresponde en la evolución de las ideas económicas. Por mi parte, he aceptado su inclusión en la corriente neoclásica, a pesar de que en Inglaterra se le tiene más bien por un clásico, con lo cual concuerda el propio Keynes. Sabido es que el neoclasicismo fué más débil en Inglaterra a pesar de la considerable aportación de Jevons y del propio Marshall. Las escuelas de Lausana y la austríaca, con sus ramificaciones en Italia y en Suecia, dieron al neoclasicismo su fuerza y riqueza proverbiales. Más bien podríamos decir, por lo que a Marshall se refiere, que su lento desasimiento del clasicismo es una cuestión de fechas y de evolución, pues todavía en sus *Principios* más bien se le puede considerar continuador de Ricardo y Mill que otra cosa; pero sus obras capitales y estudios menores posteriores revelan una postura diferente. Por ejemplo, Marshall nunca estuvo de acuerdo plenamente con el *laissez faire* de sus maestros y recomendó la intervención moderada del Estado, reconociendo que la maquinaria administrativa de los países más adelantados había ganado mucho desde los tiempos de Adam Smith y aun de Ricardo. Por el lado social, Marshall aboga por reformas obreras que, templadas y aun inocuas para nosotros, no lo eran tanto para su tiempo. Los aspectos más clásicos de Marshall se cuentan en lo que concierne a cambios y comercio internacional y al papel que asignó a la tasa de interés en el equilibrio económico, pero no por eso desconoció que nos

## MARSHALL Y NUESTRO TIEMPO

encontrábamos frente a una grave inconsistencia de nuestra civilización, aspecto que los fundadores no hubieran considerado correcto aceptar. Pueden ser los límites de su neoclasicismo bastante imprecisos tanto en tiempo como en doctrina, pero disentimos de sus biógrafos ingleses cuando éstos sitúan a Marshall en la línea de Ricardo o de Mill.

Tampoco es creíble que Keynes se considerara a sí mismo un postclásico, como aquí lo llamamos, sino un perfeccionador de las impurezas de la teoría tradicional, pero ¿podemos considerar al clasicismo económico como teoría incompleta? Desde Hume a Mill se construye la civilización y su doctrina. No me permitiría yo pretender enmendar la plana a estos fundadores del *laissez faire*; pero se puede ser neoclásico o postclásico más por un cambio en las condiciones reales que por imperfección de la doctrina. Cuando clasificamos a Keynes como postclásico no lo colocamos fuera enteramente de la teoría tradicional; simplemente lo llamamos su albacea. En cambio, sería ilógico tener a Marx por uno de los postclásicos, pues no pretendió enmendar nada sino sustituir un sistema por otro.